

Las raíces de la mentalidad europeo-americana en contraste con la china¹

José Ramón Álvarez-Méndez Trelles

Universidad Católica Fu Len de Taipei

Recibido: 01/04/2014-Aceptado: 04/04/2014

RESUMEN

Aquí no me interesa decir si una postura, ni mucho menos una cultura, es mejor que otra, sino mostrar que diferentes culturas tienen diferentes maneras de pensar y actuar, porque tienen raíces intelectuales diferentes. Si nos dirigimos a una nueva cultura mundial, y si en el futuro estas raíces que ahora no podemos negar se debilitan y crecen otras que poco a poco cambiarán los valores de la mentalidad actual en muchos lugares del mundo, es bueno conocer de dónde venimos.

Palabras clave: cultura occidental, cultura china, choque cultural, diferencias culturales.

ABSTRACT

I am not interested to say if a position, and less if a culture is better than other, but to show that different cultures have different meanings to think and to act because have different intellectual roots. If we are in the way to a new global culture, and in the future this roots, which we can't denied, will become debilitated, and will grow other that slowly will change of the actual mentality in many places of the world, is good to know where we come.

Keywords: Western culture; Chinese culture; cultural collision; cultural differences.

¹ Una primera versión de este artículo salió publicada en Miguel Ángel González (editor) (2007). *Actas del Encuentro Cultural entre la Mentalidad Oriental y la Mentalidad Hispánica*. Departamento de Lengua y Literatura Españolas de la Universidad Católica Fu Jen. Taipei, Taiwán.



Todas las personas que han tenido algún contacto, más o menos largo, con otra cultura han experimentado lo que se llama *choque cultural*. Generalmente pensamos que nuestra cultura y nuestro modo de ver y hacer las cosas son lo mejor, y cuando tropezamos con otra manera de actuar o pensar no solemos reflexionar por qué sucede ese choque y les echamos la culpa a los otros porque son «raros».

Pero siempre hay una explicación, y si sabemos buscarla y verla el choque cultural se hace más suave. Cuando sabemos las causas de algo, aunque no podamos cambiarlo, estamos más tranquilos y no sufrimos la ansiedad que crea la ignorancia. Los niños temen muchas cosas porque nadie les ha explicado a qué se deben, y van perdiendo el miedo a medida que saben por qué suceden las cosas.

Para buscar las explicaciones de la manera de pensar y actuar de una cultura no hay otro camino que ir a las raíces. Ninguna cultura nace del vacío, y todas tienen unas raíces que condicionan todo su desarrollo y su historia.

Aquí, debido al espacio limitado del que dispongo, trataré de mostrar solo algunas de las raíces de nuestra mentalidad occidental. Esta mentalidad fue la que España llevó a América y que aún pervive separada, unida o mezclada con las culturas indígenas que ya existían en aquellas tierras. No cabe duda de que actualmente la mentalidad europea aún desempeña un papel muy importante en la América hispana. La única diferencia entre América y España, en este campo, es que España no tiene hoy otras culturas o mentalidades que no sean «occidentales» —si se exceptúa la influencia musulmana—, mientras que en algunas partes de América hay culturas y mentalidades indígenas que son completamente diferentes y hasta opuestas, creando a veces verdaderos choques culturales en un mismo país.

Lo que voy a exponer vale pues para Europa y para una gran parte de la América hispana, que cultural y mentalmente tiene sus raíces hundidas en Europa.

Y, puesto que estamos en Taiwán, veremos cómo esta mentalidad y estos valores occidentales, en la mayoría de los casos, no existen en la mentalidad china, y que el choque cultural entre Oriente y Occidente es real y profundo.

La Biblia (la narración de la creación)

La primera fuente en la que se enraíza la mentalidad occidental es la *Biblia*. Prescindiendo de otros muchos temas bíblicos de influencia en la cultura occidental, me fijaré en el primer capítulo del Génesis, en el que se narra la creación. El relato de la creación ofrece varios puntos importantes que luego pasarán a formar parte de la cultura y mentalidad europeo-cristianas.

El mundo es un cosmos ordenado porque es el reflejo de un dios omnipotente.

Este orden interno tiene sus leyes y es obligación de la persona conocerlo y entenderlo. El problema está en que en los datos brutos que da el cosmos y la naturaleza —por ejemplo un terremoto o un tifón— no siempre se ve un orden, y esto nos crea un conflicto entre lo que creemos y lo que vemos. De ahí nació el deseo occidental por llegar a comprender ese orden interno y también se generó el espíritu científico. El occidental no duda de que vivimos en un cosmos ordenado y de que poco a poco se pueden desentrañar y conocer las leyes que tiene ese orden. En el mundo hay principios, leyes naturales, causas y efectos. Pero para expresar esto se necesita la razón, la explicación y los esquemas mentales, ya que la realidad en sí no aparece tan ordenada como se cree. El occidental tiene que solucionar la lucha de la creencia en un mundo creado y ordenado con la experiencia diaria de un mundo desordenado, o por lo menos lleno de excepciones. Para ello usa la razón y construye esquemas más o menos lógicos con los que cree dominar el mundo. La ciencia es algo típicamente occidental en el sentido de que es la explicación racional para probar la creencia de un mundo creado y ordenado.

En China no existe esta idea de un cosmos ordenado. Más bien el mundo es un caos orgánico. Este caos tiene su propio orden, pero nunca podremos entenderlo, y todo lo que creemos entender de él es parcial. Lo importante no es entender el orden del mundo, sino adaptarse a él. En China, donde han nacido casi todos los inventos, no se desarrolló la ciencia con la fuerza de occidente. El occidental busca, el oriental acepta. El occidental es científico, el oriental es naturalista. El occidental lucha con su mundo, el oriental está a gusto con su mundo y trata de integrarse y armonizarlo. Todo el arte oriental, el cuidado de los jardines, la ornamentación con flores, las artes marciales, las ceremonias en el comer y el beber, etc., tienen su raíz aquí.

El hombre es el rey de la creación.

El hombre tiene un puesto especial en la creación y Dios le dio poder de dominar y controlar. Como rey de la creación puede manejar el mundo. Lo que no es humano siempre será un objeto que el sujeto pueda manipular sin sentir ninguna culpa ni injusticia. Por ejemplo, en el movimiento ecologista actual la razón principal de no dañar el medio ambiente no es por el valor del medio en sí, sino por nuestros descendientes. El centro sigue siendo el



hombre y su importancia. El hombre para vivir necesita del mundo y debe cuidarlo, pero no porque tenga un valor superior en sí mismo. El hombre siempre tendrá más valor que una flor, que un árbol o que cualquier animal, y en caso de conflicto nunca se dudará en sacrificar antes lo que no es humano.

En China el hombre no es el rey de la creación, ni siquiera algo superior. Todos los libros canónicos de China le enseñan al hombre no a dominar la naturaleza, sino a aprender de ella para seguir sus leyes. El *I Ching*, el *Tao Te Ching* y *El Arte de la Guerra* son libros que no enseñan el dominio, sino la sumisión. Si se estudia el arte chino se verá que las flores, los animales y la naturaleza tienen valor por sí mismos, y en muchas pinturas chinas no aparece nunca la figura humana. En el arte occidental el hombre es el centro de todo, y son raros los cuadros en los que solo se pintan animales, flores o la naturaleza, sin el hombre. Los animales valen por la figura humana a la que acompañan y no por sí mismos. Los famosos bodegones de la pintura española son una muestra de la habilidad artística del pintor, más que una expresión del valor intrínseco de los objetos pintados. Este sentido de dominio y control de la naturaleza hace que el occidental guste de símbolos de fuerza, como el águila, el fuego y las armas, mientras que en Oriente se busca la suavidad y la debilidad, con símbolos como la madre, el agua y el bambú. El ejemplo más claro está en los tipos de lucha: en Occidente vence el más fuerte, el que golpea o domina al adversario. En Oriente se vence aprovechando la debilidad del adversario. El judo significa eso: *rou-dao*, el camino de la suavidad, de la flexibilidad.

El hombre estaba llamado por Dios a una vida feliz, pero pecó y trastocó todos los planes divinos.

Por culpa del pecado original el trabajo se convirtió en una maldición, el dolor del parto y todos los subsiguientes dolores son un castigo. El hombre fue expulsado del paraíso y toda la historia humana ha sido un anhelo y un deseo por encontrar otra vez el paraíso, de volver al estado original de felicidad. Poniendo un ejemplo moderno, el ansia de vacaciones, de exigir un tiempo en el que no se trabaje y buscar un sitio de veraneo o de descanso, no es más que el inconsciente de la búsqueda del Paraíso que perdimos con el primer pecado.

Nada de esto existe en la mentalidad china. Más adelante se verá que los choques culturales que trae la globalización están produciendo cambios. Pero es un hecho que, tradicionalmente, en la mentalidad china

no existe el pecado, ni hay ningún castigo ni Paraíso original. El concepto de culpa se cambia en China por la vergüenza, por la «pérdida de cara», algo externo dictado por normas sociales y no por la propia conciencia. El trabajo es ley de vida y es una bendición porque por él mejoramos nuestra condición humana. El dolor es algo natural, no un castigo. No hay ningún paraíso perdido al que haya que volver o que haya que anhelar. La población china, y en general la oriental, trabaja sin parar y no tiene ni pide muchas vacaciones. Los problemas éticos que para el occidental nacen de las leyes naturales y tienen validez universal, en Oriente son problemas prácticos que reciben respuestas diversas, según las circunstancias y la situación social del sujeto.

El cristianismo

La esperanza.

Cuando alguien no cristiano le pregunta a un cristiano cuál es la virtud fundamental de su religión la mayoría de la gente contesta que el amor. Yo creo que no. Es verdad que el amor cristiano da un cambio radical al concepto judío, pero el amor es una virtud que está en todas las culturas y religiones de una manera u otra. Para mí lo típico del cristianismo, que otras religiones no tienen, y que ha influido tremendamente en nuestra mentalidad y cultura es la esperanza. El mundo en el que vivimos no lo es todo. Hay un futuro, vivimos una historia que no se termina completamente con la muerte. No en vano el dogma fundamental del cristianismo es la resurrección. Este espíritu cristiano de mirar al futuro, de esperar y luchar por un mundo futuro mejor es el motor de todas las grandes empresas de la civilización occidental. En cualquier aspecto de la vida hay personas que luchan con la esperanza de algo mejor. Nunca se contentan con lo que ya tienen. Siempre hay algo más que se pueda mejorar. Siempre hay esperanza.

De aquí viene nuestro concepto lineal del tiempo. El presente siempre está en función del futuro y no podemos dormirmos en los laureles. La historia, nuestra vida, es una flecha que está avanzando en el aire hacia el futuro y nunca debemos perder la esperanza de que daremos en el blanco deseado. El pasado y el presente solo tienen sentido mirando al futuro, y sin una esperanza en algo la vida no tiene sentido.

En la mentalidad china no existe el futuro. Solo existe un continuo y cambiante presente. Esta idea, que el budismo acentuó con el eterno retorno y la reencarnación, ya estaba en la tradición china, tanto confuciana como



taoísta. Confucio fue el que dijo que no se preguntara por el futuro cuando no conocemos muy bien el presente. El chino no lucha nunca por algo futuro que es totalmente inseguro, nunca planea más allá de lo que pueda controlar y ver, siempre se resigna y acepta el presente, aunque es una resignación dinámica, activa y no pasiva. Seguirá luchando, pero no por el futuro, sino por el presente que continuamente ofrece caras cambiantes. El interés del chino por la adivinación no es tanto por saber qué le va a pasar en el futuro, sino por conocer las circunstancias actuales que lo rodean para saber mejor lo que debe hacer. El occidental mira al futuro y una vez que decide y planea no cambia, no cede. El chino hace lo que tiene que hacer en cada momento y cambia continuamente según las circunstancias. Para el occidental el chino es inmoral cuando no cumple sus compromisos y cambia según las circunstancias, mientras que para el chino el occidental es inmoral cuando, viendo que las circunstancias son diferentes, no quiere cambiar lo ya convenido. El primero vive en el presente y va siempre hacia el futuro que ha planeado y quiere dominar, mientras que el segundo vive en el presente y espera a que el futuro se haga presente sin intentar interferir ni manipular. Uno es un hombre de fe y esperanza, el otro es un hombre escéptico y pragmático.

La dignidad de la persona humana.

El cristianismo rompe con el dios lejano y terrible del judaísmo y presenta un dios-padre. Todos somos hermanos, todos somos iguales y tenemos la misma dignidad y el mismo valor. La dignidad de la persona humana es absoluta y únicamente cristiana. Si miramos el mundo actual solo los países cristianos viven y aceptan plenamente este valor. Aparte de que este valor da otros muchos valores de defensa de lo que es humano, sobre todo crea el espíritu social. El reconocimiento de la dignidad de cada persona hace que cada uno respete al otro como él desea que lo respeten. Así, hay un orden tácito en la sociedad y todo funciona a partir de este principio: el otro tiene el mismo valor y los mismos derechos que yo. Por supuesto, la práctica nunca es ideal y hay muchos problemas y violaciones de estos derechos, pero cuando hay ataques las sociedades occidentales no aceptan tales abusos.

En China las reglas sociales fundamentales están dictadas por el confucianismo y en él no existe ningún concepto de persona individual con derechos aislados. Toda persona forma parte de una familia y una sociedad y tiene unas obligaciones hacia los otros miembros, dichas obligaciones están basadas en la desigualdad. No solo no hay igualdad, sino que cada uno es parte de un organigrama en el que tiene un puesto fijo y determinado que no

puede transgredir. El hijo obedece al padre, la mujer al marido, el hermano pequeño al mayor, el súbdito al jefe. Al niño occidental lo educan para ser él, para encontrar su propia individualidad, para ser independiente. Al niño chino no le enseñan a ser él, sino a ser hijo, hermano, súbdito, así aprende las reglas sociales desde el punto de vista del grupo y no desde sí mismo. Cada persona es lo que es según el puesto que ocupa en su grupo. Nadie vale por ser fulano de tal, sino por ser miembro de tal grupo, hijo de tal o jefe de tal. En otras palabras, no hay dignidad de la persona como individuo fuera de un grupo; si el sujeto se enfrenta al grupo, o se sale del grupo, él mismo se convierte en un marginado. El espíritu social no existe en la cultura china, solo existe el espíritu de grupo. Pondré solo dos ejemplos:

A todos los europeos les llama la atención el desorden del tráfico en Taiwán. La gente lo explica diciendo que no hay respeto por la ley, y que no se cumplen las normas si alguien no está allí para obligar a cumplirlas. Aunque hay parte de verdad en esta explicación, la razón profunda del caos del tráfico está en que nadie respeta al otro porque no existe, no es otra persona, es un cero a la izquierda y ni siquiera lo ve. Pero si una familia sale de excursión, por ejemplo con cinco automóviles, será un modelo de conducción y respeto al otro. Porque se reconocen como grupo, el otro conductor no es un simple conductor en abstracto, sino un hermano, un tío o alguien que pertenece al grupo. Mientras alguien no pertenezca a ese grupo, sea del tipo que sea —lo más importante es la familia extensa—, no será considerado y verá sus derechos conculcados continuamente. Y en casos públicos solo la gente del grupo del individuo saldrá en su defensa, mientras la mayoría de la sociedad permanecerá en silencio y no se inmiscuirá. Nadie defiende al que no está en un lugar claramente definido en un grupo socialmente admitido por todos.

Por otra parte, la reacción del Gobierno chino y la del pueblo de Pekín ante los sucesos que llevaron a la matanza de Tiananmen es otro ejemplo. En Rusia, país de mentalidad básicamente occidental en el aspecto de la influencia cristiana, el pueblo de Moscú salió a la calle y derribó el régimen. En Pekín, si el pueblo hubiera salido en masa en defensa de los estudiantes, quizás no habría caído el régimen, pero ciertamente la situación habría sido diferente. Y hasta hoy el Gobierno chino sigue sin entender por qué los Gobiernos europeos se enfadaron tanto, cuando lo que Pekín hizo fue solamente eliminar a unos revoltosos y perturbadores del orden nacional. La mayoría del pueblo de Pekín no sintió ninguna necesidad de defender a personas que no eran sus familiares o que no pertenecían a su grupo. Y los gobernantes chinos nunca consideraron a los estudiantes como personas o individuos con una dignidad y unos derechos inalienables.



Todos los conflictos sociales en China se dirigen hacia otros caminos, porque no están en juego los derechos ni las dignidades de las personas, sino un rompecabezas social en el que cada pieza tiene que encajar donde se manda y si no se elimina o se cambia por otra. Quizás a los occidentales, y a algunos orientales que tienen relación y contacto con la mentalidad occidental, les parezca que la dignidad de la persona humana es algo inalienable, un valor universal que hay que defender. Como occidental me gustaría que realmente fuera un valor aceptado por todos, pero la realidad es muy distinta. Las dos terceras partes del mundo, incluyendo a África y casi toda Asia, no tienen en su tradición cultural ni mental este valor, que es puramente cristiano.

Grecia

La razón: el hombre como animal racional.

El occidental está tan acostumbrado a oír y considerar que el hombre es un animal racional que no admite fácilmente que pueda haber otras culturas, como la china, en las que la razón no define la naturaleza humana y hasta puede considerarse un peligro. La influencia de la filosofía griega es fundamental en esta concepción del hombre como animal racional. Los griegos son los primeros que elevaron la razón y el pensar al nivel más alto y lo identificaron con lo que distingue al hombre de otros animales. Para el occidental moderno todo lo que no sea racional y razonable es peligroso, no tiene mucho valor. Todo debe someterse al juicio de la razón y nuestros idiomas están llenos de expresiones —sea razonable; esto es una sinrazón, etc.— en las que se considera lo racional como un valor fundamental del hombre.

Unido a esto está el valor de la palabra. Si algo se puede razonar se puede expresar, y si algo no se puede expresar en palabras es irracional o por lo menos sospechoso. La importancia de la palabra en Occidente tiene tal peso que todos los misticismos, esoterismos, filosofías oscuras, etc., siempre han sido condenados como heterodoxos. En el cristianismo Jesucristo es el Verbo, la Palabra. Y en nuestra vida diaria decimos «palabra de honor» como máximo exponente de nuestra sinceridad y verdad. El mundo occidental no podría funcionar sin este valor fundamental de la razón y la palabra.

En la mentalidad china ni la razón ni la palabra son lo que define la naturaleza humana por antonomasia. El hombre no se define como un animal racional, sino como un animal social, entendiendo por social al grupo del que antes hablaba. En la vida humana la razón, el sentimiento,

la voluntad, la intuición y todas las reacciones humanas tienen el mismo valor, y no siempre el argumento racional es el mejor. Por otro lado, dada la concepción del mundo como un caos orgánico que no necesita comprensión, sino aceptación, la razón no sirve para mucho, y en todo caso puede engañar. Para el chino no se entiende mejor el mundo porque uno disponga de más explicaciones y esquemas racionales y mentales para explicarlo. La vida solo se conoce viviéndola y experimentándola, y todo lo que se piense y se diga de ella no vale mucho. En este sentido, el valor de la palabra es muy relativo, y en el fondo, según la mentalidad taoísta y budista, la palabra es solo un engaño que acalla la mente, que siempre busca explicaciones para todo. La razón solo sabe razonar y preguntar, y el hombre se siente obligado a responder creando esquemas mentales que solucionen las preguntas de la razón. Pero cada respuesta suscita otra pregunta, de ahí que la razón nunca descansa. El occidental cree que la búsqueda racional y la respuesta verbal es el camino que irá aclarando las preguntas de la vida. Para el chino, como dijo Chuangtse, eso es como correr tras la propia sombra creyendo que podremos alcanzarla. La única manera de poseer la propia sombra es pararse, dejar de correr y ella se queda quieta cerca de nosotros. La filosofía griega está en la raíz de nuestro racionalismo, este racionalismo, aunque ofrece explicaciones y esquemas que nos contentan intelectualmente, en muchas otras ocasiones nos hace intransigentes e inflexibles en nuestra ideología y en nuestra conducta. El taoísmo y el budismo zen están en la raíz de la mentalidad china y crean el respeto por el silencio, el valor de la experiencia y el control de la mente. Una de las divisiones actuales entre culturas es la que distingue entre culturas activas y culturas reactivas. Los occidentales son activos: piensan, preguntan, hablan, discuten, escriben e investigan, quieren dominar la vida con la razón y la palabra. Los orientales son reactivos: escuchan, están en silencio, no discuten, no definen, estudian al interlocutor antes de hablar y dan más importancia al cómo se dice que al qué se dice.

El ser y el devenir.

Desde un punto de vista más filosófico, pero de enorme influencia en la mentalidad occidental, están Parménides y Heráclito, por un lado, y Platón y Aristóteles, por otro. Parménides, ante el continuo devenir del mundo, abogó por la permanencia y por la supremacía de la razón sobre la experiencia, mientras que Heráclito defendió el devenir y el cambio como resultado de la dialéctica de los contrarios. La influencia de Parménides creó las filosofías



esencialistas que dan primacía a la sustancia y a todo tipo de dualismos y explicaciones exclusivistas de los fenómenos. Más tarde, la teología católica será casi exclusivamente parmenidiana y aristotélica, creando un sin fin de contradicciones, entre las que sobresalen el problema del Ser y la Nada y el del Bien y el Mal. Aunque la línea heraclitana, y luego la platónica, siempre ha tenido muchos adeptos en Occidente, por influencia de la filosofía y la teología católicas, la línea ortodoxa en Occidente, y la que más penetró en las ideas culturales, ha sido la del Ser como absoluto permanente y excluyente, dejando fuera el No-ser y el Mal, como problemas sin solución. Estas soluciones exclusivistas del pensamiento occidental solo crean dualismos de cuerpo-espíritu, vacío-plenitud, relativismo-absolutismo, etc., que se solucionan racionalmente, pero nunca vitalmente.

Los intelectuales se pierden en discusiones que la gente de la calle no entiende, pero que luego se transforman en leyes que todo el mundo tiene que cumplir sin saber por qué ni para qué. La mayoría de los problemas éticos que hoy sufre el mundo occidental —aborto, eutanasia, ingeniería genética, etc.— no serían tan discutidos si Heráclito, Platón o San Agustín hubieran tenido más importancia en la Edad Media que Parménides, Aristóteles o Santo Tomás.

El ejemplo contrario aparece en la cultura china, en la que siempre ha triunfado el espíritu de Heráclito que, con su filosofía del yin-yang y el valor del No-ser, en vez de oponer entre sí la ambivalencia que nos da la vida y crear dualismos puramente mentales y racionales busca la armonía de los contrarios en una unidad superior que los abarca a todos y no excluye nada: el Tao. El problema está en que la ambivalencia o plurivalencia que nos ofrece la vida, en el momento en el que se tiene una solución racional y mental, crea una oposición, porque el concepto siempre es unívoco, mientras que la experiencia es equívoca. En el mismo momento en que se define algo se dejan fuera elementos que están en la experiencia, pero no en el concepto. Como dice el *Tao Te Ching*: «En el momento que decimos que algo es bueno, nace la maldad, y si decimos que algo es bello, nace la fealdad». La beldad y la fealdad no existen en sí, sino solo en nuestro concepto. La pregunta del occidental siempre será la misma: ¿Entonces no hay nada absoluto? ¿Todo tiene entonces el mismo valor? La respuesta que da Oriente, en el taoísmo o el budismo, es que el problema no existe en sí mismo, sino solo en nuestra mente, y que lo que hay que hacer es vaciarse y dejar de perseguir nuestra propia sombra.

Conclusión

No me interesa establecer si una postura, ni mucho menos una cultura, es mejor que otra, sino mostrar que diferentes culturas tienen diferentes maneras de pensar y actuar porque tienen raíces intelectuales diferentes. Mientras no vayamos a las raíces nos perderemos en inútiles discusiones y peleas que, por desgracia, llegan a guerras en las que nos matamos por ideas.

Al estudiar las raíces que he expuesto sobre la cultura occidental mucha gente suele decir que ellos no creen en eso porque no creen en la *Biblia*, o que no son cristianos o que no tienen ni idea de filosofía griega. También muchos chinos dirán que ellos no son así y que todo eso es una China tradicional ya pasada.

Pero es que estos valores y raíces mentales en realidad ya no tienen relación directa con la religión, ni con la *Biblia*, ni con Buda ni con Confucio. Son valores que se han incrustado en nuestra cultura y en nuestra historia formando nuestra mentalidad y nuestra idiosincrasia, aunque muchos ya no lo relacionen con su verdadero origen. Muchos occidentales nunca han leído la *Biblia*, ni se consideran cristianos, ni siquiera creen en Dios. Pero tienen una mentalidad científica, aceptan que un mundo sin dolor y sin trabajo sería un ideal y un paraíso, que el hombre es superior a cualquier otra criatura, que hay que ser racionales, que no se puede engañar diciendo lo contrario de lo que se piensa y que hay valores absolutos por los que se puede dar la vida. Si no hubieran nacido y vivido en una cultura de tradición judeo-cristiana o con la influencia intelectual de Grecia ¿pensarían lo mismo?

En Taiwán estamos viviendo grandes cambios en estos últimos años. Por ejemplo, hace diez años no había ninguna tienda cerrada los domingos y muy poca gente tomaba vacaciones. Hoy empieza a ser normal. Y sucede esto precisamente en Taiwán, donde el problema de sus raíces culturales es muy grave. En los últimos años, desde el mismo Gobierno, se ha intentado desconectar a la gente de sus raíces chinas tradicionales, pero no se les explica por qué ni cómo; además no se ofrece ningún sustituto que el inconsciente del taiwanés moderno pueda aceptar como algo «propio». La influencia occidental es así mucho más fuerte, porque no hay nada que se le pueda oponer, y poco a poco, ante el vacío de opciones propias, hay una aceptación de valores ajenos que en el fondo no acaban de convencer, pero que se aceptan porque Occidente es el único modelo. El occidental



puede aceptar con gusto y placer no trabajar y marcharse de vacaciones un mes olvidándose totalmente de su trabajo. Los taiwaneses modernos pueden no trabajar y marcharse de vacaciones un mes, pero no estoy seguro de que muchos no tendrán un cierto conflicto interior, porque sus raíces tradicionales y profundas les dirán que trabajar es bueno y «perder el tiempo» es malo. El conjunto de la sociedad occidental intentará mejorar las condiciones del descanso y de sus vacaciones y nadie protestará, al contrario, todos se alegrarán, porque están recuperando su Paraíso perdido. En Taiwán, y no digamos nada de China —donde las raíces son mucho más profundas y la interferencia extranjera mucho menor—, en el total de la sociedad siempre habrá un grupo más o menos grande de personas que no vea eso con buenos ojos, porque solo lo ven como la aceptación y la práctica de valores occidentales.

Es un tema muy interesante, ya que nos dirigimos hacia una nueva cultura mundial y es posible que en el futuro estas raíces, que ahora no podemos negar, se debiliten y crezcan otras, que poco a poco cambiarán los valores de la mentalidad actual en muchos lugares del mundo. Si miramos hacia atrás, a los dos mil años recorridos, veremos que en algunos aspectos hay una nueva cultura mundial que lucha por salir, pero a la vez las raíces tradicionales se hacen más fuertes y profundas y siguen creando choques culturales entre los que, por desgracia, están las guerras.

Como educadores y personas que, en teoría, estamos abiertos a todo diálogo es nuestro deber conocer y dar a conocer estas raíces que explican y mueven la conducta humana en diferentes culturas y países. El conocimiento de estas raíces no va a solucionar de repente los choques, pero sí los puede situar en otra perspectiva y puede posibilitar el comienzo del diálogo. No basta con saber qué piensa el otro, ni basta con escuchar; primero hay que profundizar en por qué piensa así y dónde está la raíz de su mentalidad. Preguntar el por qué, ir a las raíces propias y ajenas, es el único camino para poder empezar cualquier diálogo constructivo.